

LOS veinte años que han mediado entre las dos grandes guerras mundiales, constituye un período que merecerá la mayor atención por parte de los historiadores futuros. Aquí no pretendemos más que esbozar su perfil económico, que permitirá apuntar enseñanzas para el presente y consecuencias para el futuro.

La primera gran guerra aparece al espectador cual una guerra que pudo ser fácilmente evitada. No es que obedeciera a causas accidentales; sin duda tenía sus motivaciones profundas que la iban incubando largamente, y que más pronto o más tarde la hubieran desencadenado, de no sobrevenir alguna interrupción fortuita de su proceso interno que modificase fundamentalmente las condiciones en que se desarrollaba la vida económica y política de Europa. Lo que queremos decir es que nada parecía determinarla fatalmente en aquellos momentos, y que a no haber surgido ciertos hechos episódicos o si, aun surgiendo, hubiesen logrado los dueños de los destinos de los pueblos mantener más serenos los nervios, la guerra hubiera podido evitarse por el momento, y ¿quién sabe si el suficiente tiempo para dar lugar a soluciones en los problemas básicos, que conjuraran la fatalidad del conflicto. No sucede así con la segunda o actual guerra, que teniendo su origen en herencias del anterior conflicto, el

rigentes rusos pretendían dar a su política, movimientos que llegaron a producirse en muchos puntos de Europa y Asia, contra los cuales había de reaccionar el espíritu occidental penetrado de las esencias de una vieja cultura.

Empero, el terrible virus sólo se podía combatir por un procedimiento de inmunización semejante al de las vacunas fisiológicas; es decir, mediante gérmenes atenuados o, en términos menos figurados, ofreciendo a las multitudes obreras todas las ventajas que pudieran razonablemente esperar de la revolución proletaria, pero despojadas de los elementos utópicos, antisociales y disolventes. Ese fué el sentido de las reacciones despertadas en los pueblos europeos más expuestos al contagio, y que determinaron, finalmente, la constitución de Estados totalitarios. Para terminar la enumeración de los nuevos factores de tipo político traídos por la guerra, que habían de tener gran influencia en la evolución económica, citemos el fortalecimiento por doquier de las sindicaciones obreras, tanto en los países democráticos como en los otros, aunque estos últimos procuraron encuadrarlas en la organización totalitaria. Su efecto principal, desde el punto de vista económico, fué disminuir la elasticidad y adaptabilidad del mercado del trabajo, lo que tuvo gran influencia en la evolución de la crisis y las depresiones subsiguientes.

Claro que, no acaba la enunciación de los factores extraeconómicos, sin citar los cambios de carácter moral y psicológico que tan gran catástrofe como una guerra deja siempre en los pueblos, y cuya repercusión es importante en la evolución histórica, y por ende, aunque su influencia sea muy indirecta, en los acontecimientos económicos. Pero este análisis nos llevaría demasiado lejos.

El período interbélico

FONDO DOCUMENTAL

Jerman Bernacer

Por GERMAN BERNACER

Catedrático

Jefe del Servicio de Estudios del Banco de España

propio Tratado de paz en primer término, viene encadenada por una serie de causas fatales, que hacen previsible desde mucho antes la inminencia del choque y la magnitud de la conflagración.

Y es el caso que, si alguna vez la humanidad ha salido hastiada de la guerra, desencantada de sus resultados y temerosa de lo que sería una nueva guerra con los instrumentos de lucha creados y mejorados por la técnica al calor de las necesidades de la precedente, que habrían de ser perfeccionadas todavía en lo futuro, fué al término de la de 1914-18. Aquella iba a ser la última guerra. Poderosos órganos de paz iban a crearse, que harían imposible un nuevo conflicto. Todo ha sido vano. Los que habían de ser instrumento de paz, como la famosa Sociedad de Naciones, se convirtieron en focos de intriga diplomática, de aquella diplomacia secreta y solapada, que, en opinión y promesa de los vencedores, había de acabar para siempre. Las bases dadas por el presidente Wilson viéronse falseadas, y el Tratado de paz era tan visiblemente semillero de nuevos conflictos, que los espíritus más serenos de los propios países vencedores lo repudiaron desde el primer momento. Sin embargo, a su sombra se fué desenvolviendo la política internacional que había de hacer inevitable un nuevo y más terrible choque.

Aparte del Tratado de paz, que no fué de paz, sino de forzado armisticio, la guerra había dejado un terrible fermento en el mundo: la revolución rusa. El bolchevismo dominante vino a representar en economía una tendencia antiliberal, más quizás que por imperativos de la doctrina, por exigencias de una utopía ignara en lucha con la realidad insobornable. Su radicalismo proletario era propio para ejercer seducción sobre las masas incultas, creando movimientos más o menos bolchevizantes o anárquicos, favorecidos por la tendencia expansiva que los di-

El período 1919 a 1939 está dividido por la crisis de 1929, que ofrece su punto culminante de explosión en el otoño de dicho año, en dos subperíodos casi iguales de extensión y de facies totalmente distinta.

El primero podríamos llamarle el de la esperanza. Se caracteriza por los esfuerzos para encauzar los problemas creados por la guerra y la paz. Es la época de las conferencias y los congresos diplomáticos, económicos, etcétera, la de florecimiento de la Sociedad de Naciones con sus múltiples comités y subcomités para estudiar todo lo humano. En lo económico, especialmente, se acude en auxilio de los países que no pueden restablecer sus finanzas, como Austria; se elaboran planes para aliviar la suerte de Alemania, aplastada por la carga de las reparaciones, y para arreglar las deudas de la guerra; el capital privado afluye a los países necesitados de reconstituirse, particularmente a Alemania; se procura restablecer la organización monetaria y financiera de antes de la guerra.

Pero la política de los países vencedores con respecto a la gran nación germánica es vacilante, como informa por dos principios contradictorios: por una parte, para el cobro de la mayor suma posible de reparaciones, convendría que Alemania se reconstituyera, único modo de que pudiera pagar; sólo que pagar es exportar artículos, y eso en los momentos de depresión constitucional constituye una competencia ruinosa para las naciones acreedoras. Si se deja a la nación tedesca que, bajo el efecto de los pagos y de las facilidades de exportación que habría que darle para hacer posible la transferencia de vastas sumas, adquiriera un gran desarrollo industrial, ¿qué sucedería después, tanto desde el punto de vista de la competencia comercial como de la potencialidad guerrera, tan ligada a la económica? Se sufre de la pérdida del enorme mercado alemán, mas entre perderlo como cliente y tenerlo como rival no se sabe qué partido tomar, y

la economía de Europa sufre de estas vacilaciones e incertidumbres.

Norteamérica, menos embarazada, aprovecha mejor las circunstancias. Durante la época de la guerra, en que se ha visto privada de los suministros de Europa y solicitada su industria por los países en lucha, ha completado su estructura industrial, y su posición de país prestador le permite aumentar su exportación, a pesar de haber restringido su importación por una primera elevación de los aranceles en la depresión de las postguerra. El auge que le sigue, en ninguna parte es tan pujante como allí, hasta el punto de que, bajo el mandato de Hoover, cree haber descubierto el secreto de la prosperidad continua; prematuramente se declaran vencidas ya las fluctuaciones cíclicas. La terrible crisis de 1929, seguida de la depresión más profunda y pertinaz que se ha conocido, arruina tan prematuras ilusiones.

Y el caso es que no existían muchos motivos de optimismo, porque aun en los momentos de mayor auge burzátil, hay una evidente desproporción entre los precios de los productos industriales y los agrícolas; estos últimos son relativamente bajos. La causa de ello es bastante compleja; procuraremos sintetizarla.

Durante los cuatro años de la guerra, los países que se vieron privados de los productos que les suministraban las naciones beligerantes y de ultramar, acudieron a suplirlos, de modo sin duda menos económico, mediante su propia industria, que se desarrollaba merced a la falta de competencia. Terminada la guerra, no se conformaron aquellos países con dejar morir a las industrias incipientes así creadas, y procuraron defenderlas y fomentarlas a favor de altos aranceles, con pretexto de no verse en situación difícil, si por acaso sobrevenia algún nuevo conflicto, pretexto reforzado por la amenaza de sanciones económicas, previstas en el pacto de la Sociedad de Naciones, y que tuvieron más tarde efectividad con respecto a Italia.

El caso del trigo es típico. Con fines autárquicos, la producción de este cereal se fomenta en los países que antes eran tributarios de América para sus déficits, al mismo tiempo que se restringe el consumo para borrar el saldo deficitario. El fenómeno repercute sensiblemente sobre la economía de los antiguos proveedores, hasta el punto de que, ni aun en los momentos de mayor prosperidad, anteriores a la fuerte depresión de 1928-32, logran los precios de los productos agrícolas en Norteamérica llegar a ser remuneradores. El desequilibrio entre los precios de los productos agrícolas e industriales se acentúa día por día, y puede considerarse como una de las causas profundas de la crisis.

Esta se manifiesta muy particularmente por un síntoma fuertemente revelador: la depreciación de los grandes artículos de comercio internacional, mientras en el interior, bajo el efecto de los altos aranceles, que hay que elevar cada día más para defenderse de la invasión a bajo precio de los artículos de exportación de los demás países, los precios suben o no bajan en igual proporción. Esto supone que las producciones que trabajan para la exportación obtienen poco por sus productos y pagan caros los que necesitan, así como la mano de obra, por mor del elevado coste de la vida. He aquí otra causa de mal-estar y desequilibrio.

Esa situación se refleja en el orden monetario, que es el organismo de distribución de la colectividad. Los precios interiores tienden a subir para adaptarse a los costes crecientes, mientras los internacionales bajan, lo que crea un estado de tensión para las monedas, cuyo valor tiende a elevarse internacionalmente (precios oro) y a depreciarse interiormente (precios papel). Las naciones logran sostener con mucha dificultad el valor de sus monedas, y las que han restablecido el patrón oro durante la primera década, ven bajar al principio de la segunda

el nivel de precios, lo que aumenta su crisis interior; no obstante, pierden oro y no logran con todo armonizar los precios interiores con los exteriores, lo cual les obliga a medidas de restricción comercial con los contingentes, mucho más dañinos que los aranceles para las corrientes del comercio, y si eso no basta, a la intervención de las operaciones del cambio, los dumping, etc.

Por tales caminos, uno de los objetivos de guerra y uno de los propósitos declarados de la paz: el restablecimiento del libre tráfico, bajo el imperio de las circunstancias, se realiza totalmente al revés; la libertad comercial se desvanece. Inglaterra, el país campeón del libre cambio, restablece la política arancelaria a raíz de la crisis para cultivar su espacio imperial con tarifas preferenciales; casi al mismo tiempo tiene que abandonar también el patrón oro, lo que empeora la situación de los países que todavía lo conservan, sobre todo después que Norteamérica desvalúa. El final es que todos tengan que abandonarlo (1936) más o menos completamente o despreciar sus monedas. Uno de los postulados de la economía liberal de anteguerra periclitada.

* * *

El período a partir de la crisis de 1929 puede llamarse el de la exasperación. No es posible, evidentemente, reconstituir la economía de anteguerra. Algo esencial ha cambiado. Ya aquella economía tenía un carácter inestable que no se ocultaba a los espíritus perspicaces. La guerra y la paz habían venido a introducir elementos que la hacían inconciliable del todo con las realidades vitales.

La moratoria Hoover, impuesta por la catástrofa económica de la crisis, marca el fin de las reparaciones y de las deudas de guerra y, en rigor, el fin del Tratado de Versalles y de todo el artilingio diplomático por él creado. La política de conciliación fracasa; los pueblos se entregan en brazos de los partidos nacionalistas como un medio de realizar sus destinos históricos, y se emprende la tarea del rearme, que señala la característica económica de esta segunda fase. Gracias a esa política se reabsorbe el paro, que después de 1929 llegó a proporciones aterradoras. Alemania dió la pauta para ello mediante un régimen económico que era la más rotunda negación del sistema liberal. Pero ello no fué tampoco privilegio de los países llamados totalitarios, porque Norteamérica, bajo la presidencia de Roosevelt, aplicó un régimen de política económico-social que tenía muchas semejanzas de fondo. La propia Gran Bretaña y otros países de su esfera de influencia se ven también impulsados a medidas restrictivas de la libertad económica. El imperio de ésta ha pasado y, cuando se observa objetivamente desde cuán diversos puntos esto ocurre y bajo el impulso siempre de fuerzas incontrastables, no puede menos de advertirse que es bien poco lo que las concepciones idológicas influyen en el desarrollo de los sucesos; por debajo de ellas las fuerzas supraracionales e incontrarrestables modelan la Historia.

Quienes, al terminar la guerra anterior, conjeturaron razonablemente que, según su resultado, el período que se avecinaba iba a ser el del predominio de la libertad económica y planearon sobre ello, se equivocaron de medio a medio. Este resultado paradójico no es sorprendente en las guerras; acaso constituye la regla histórica. Quienes ahora especulan sobre una hipótesis contraria, no incurrirán en un error semejante, aunque de sentido opuesto, en cuanto cabe hablar de oposición en esta trayectoria en espiral que representa mejor que la línea recta el curso de la evolución? Es de temer; la tarea es har-to complicada. Y por sabido que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.